CAPÍTULO V

LA IGLESIA LLAMADA A DISCERNIR LOS SIGNOS DE LOS TIEMPOS

¿POR QUÉ LA IGLESIA ESTÁ LLAMADA A
DISCERNIR LOS SIGNOS DE LOS TIEMPOS?,
¿HAY ALGUNA RELACIÓN ENTRE LA
IDENTIDAD, MISIÓN DE LA IGLESIA Y EL
DEBER DE DISCERNIR LOS SIGNOS DE LOS
TIEMPOS?

La identidad de la Iglesia y el discernimiento de los Signos de los Tiempos

¿Por qué la Iglesia está llamada a discernir los Signos de los Tiempos?, ¿Hay alguna relación entre la identidad, misión de la Iglesia y el deber de discernir los Signos de los Tiempos?¹¹⁵.

Los primeros números de la *Gaudium et Spes* señalan la íntima unión de la Iglesia con toda la familia humana, dando como razón de ello el hecho de que la Iglesia:

Está compuesta por hombres, reunidos en Cristo y guiados por el Espíritu Santo en su peregrinar hacia el Reino del Padre, hombres que han recibido el mensaje de la salvación para proponérselo a todos. Por ello, se siente verdadera e íntimamente solidaria del género humano y de su historia (GS, n.1).

La Iglesia tiene una comprensión dinámica y trinitaria de su identidad a la que añade, como ya vimos, una visión del hombre y del mundo construida desde la centralidad cristológica y la vocación trascendente del ser humano y el mundo. A partir de esta concepción, la Iglesia ofrece al género humano su cooperación para que éste alcance su vocación. La Iglesia pretende “continuar bajo la guía del Espíritu Paráclito, la obra del mismo Cristo, que vino al

¹¹⁵ Bueno (2001); Comisión Teológica Internacional (1984); Latourelle (1971); Semmelroth (1984); Saravia (2003).

mundo para dar testimonio de la verdad (Jn 18, 37), para salvar y no para juzgar, para servir y no para ser servido (Jn 3, 17; Mt 20, 28; Mc 10, 45)” (GS, n. 3).

Para cumplir esta misión la Iglesia llama a:

...escrutar los Signos de los Tiempos e interpretarlos a la luz del Evangelio, de forma que, de manera acomodada a cada generación pueda responder a las perennes interrogantes de los hombres sobre el sentido de la vida presente y futura y sobre la relación mutua entre ambas. Es necesario, por tanto, conocer y comprender el mundo en el que vivimos, sus expectativas, sus aspiraciones y su índole muchas veces dramática. (GS, n. 4)

En los primeros cuatro números de la *Gaudium et Spes* se dan las claves que permiten el desarrollo de las preguntas que nos hacíamos al comienzo sobre la relación entre los Signos de los Tiempos, la identidad y misión de la Iglesia.

Por otra parte, no podemos disociar la eclesiología de la *Gaudium et Spes* de la presentada en la *Lumen Gentium*. Para la Iglesia, concebida como misterio de comunión (identidad trinitaria), sacramento de salvación, cuerpo de Cristo y pueblo de Dios, están siempre presentes estos elementos como telón de fondo para comprender su misión en el mundo. Por ello, si queremos justificar la misión que tiene de escrutar los Signos de los Tiempos tendríamos que adentrarnos en su identidad, especialmente en su relación con su origen y fundamento, es decir, en cuanto misterio de comunión, signo sacramental de la salvación universal, designio eterno del padre, constituida en los últimos tiempos por el Hijo, Jesucristo y manifestada por el Espíritu Santo.

El Concilio Vaticano II usó, entre otros términos, el de sacramento para mostrar la realidad de la Iglesia¹¹⁶. *La Lumen Gentium* en el número uno nos dice: “La Iglesia es en Cristo como sacramento (*“veluti sacramentum”*) o signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano”¹¹⁷.

La concepción de la Iglesia como sacramento unida a la de misterio, permite subrayar el origen y la misión de la Iglesia en el designio de Dios realizado en Cristo y en el Espíritu, a la vez, que la realidad de ésta como sujeto histórico. Más precisamente, indica la ordenación de la Iglesia a la manifestación y presencia a los hombres del misterio del amor universal de Dios, en orden a la unión íntima de todos los hombres con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, como también de la comunión de los hombres entre sí. Es importante destacar la idea de que la Iglesia encuentra su propia identidad en el misterio trinitario, especialmente, en el misterio de Jesucristo. Como Él es el sacramento del Padre, así la Iglesia es el sacramento de Cristo. También como Jesucristo es una realidad visible e histórica que contiene la realidad divina, asimismo, la Iglesia es portadora de un designio divino hecho signo visible en su realidad histórica y humana. De hecho, el término sacramento, cuando se aplica a la Iglesia, evoca la palabra griega “misterio” con la que comparte su sentido fundamental y equivalente. Es decir, como designio divino por el que el Padre realiza su voluntad salvífica en Cristo, al mismo tiempo, que la revela a través de una realidad temporal que guarda su transparencia (Comisión Teológica Internacional, 1984, p. 363).

La denominación de la Iglesia como sacramento subraya el vínculo de ella con Cristo, por lo que muy unida a esta denominación se encuentran otras tan importantes y significativas como “cuerpo de Cristo”, “esposa de Cristo”.

¹¹⁶ Para profundizar en este tema, ver Pie Ninot (2007).

¹¹⁷ Además se puede ver *LG*, nn. 9, 48, 42.

Hablar de la Iglesia como sacramento de Cristo implica su doble realidad de misterio y sujeto histórico, ambos son sus polos constituyentes. La Iglesia es referida a Dios, compuesta de hombres y es servidora de los hombres por designio divino.

La utilización por parte del Concilio de la expresión “(Nuevo) Pueblo de Dios” para referirse a la Iglesia, se relaciona también con su carácter sacramental. Porque, por una parte, señala su carácter de misterio, y por otro, de sujeto histórico (*LG*, n. 9). El carácter de misterio designa a la Iglesia en cuanto que su origen es Trinitario, pero por otra parte, el carácter de sujeto histórico se refiere a que la Iglesia opera en la historia y contribuye a su realización. La Iglesia es misterio ya que es fruto de la libre disposición de la sabiduría de Dios que se comunica en la misión del Hijo y en el envío del Espíritu Santo, sin olvidar, que esta comunicación se ha dado en la historia, por medio de obras y palabras y a modo humano (*DV*, n. 2). Se da entonces en la realidad misma de la Iglesia esta unidad en la polaridad, la de ser realidad divina y humana, en referencia a una realidad visible y otra invisible, es decir, signo-sacramento (signo eficaz) de la salvación, cuya misión es anunciar y hacer presente el Evangelio de Jesucristo bajo la guía del Espíritu Santo.

Considerar a la Iglesia como sacramento en el que se destaquen ambos polos de su identidad, misterio y sujeto histórico, nos lleva a considerar, a su vez, el modo y el sentido de cumplir su misión de anunciar el Evangelio. La Iglesia existe encarnada en la historia y en la humanidad, allí debe ser fermento en la masa, como dice el Evangelio, o alma del mundo, como decía la Carta a Diogneto.

La dimensión histórica de la Iglesia como parte de su identidad sacramental, recuerda, entre otros aspectos, que los cristianos deben estar más atentos a sus responsabilidades concretas con el mundo

y la sociedad. Porque es por medio de ellas donde está llamado a comunicar el Evangelio. El cristiano está llamado a realizar su vocación en condiciones ordinarias y comunes de la vida humana. Por ello, la Iglesia se solidariza con todo lo que ocurre en la historia humana y procura aportarle plenitud con su acción, su esperanza y sentido de la vida.

Además, cada acontecimiento y situación interpela al cristiano porque bajo la acción del Espíritu encuentra en los distintos momentos históricos una invitación al testimonio y a hacer memoria de Jesucristo (Comisión Teológica Internacional, 1984, p. 363). En consecuencia, reflexionar sobre la realidad sacramental de la Iglesia nos ayuda a considerar el modo de proceder de la acción salvífica de Dios. Misterio y realidad humana son dos polos que en su designio y sabiduría se encuentran unidos.

Los Signos de los Tiempos, en cuanto signos que nos refieren a Dios y su Reino, también nos hablan de esta realidad. Su consideración lleva a la Iglesia a renovar no sólo su misión de anunciar el Evangelio en esta situación presente, sino también a hacer más diáfana su propia identidad. Al respecto, nos dice el Cardenal José Saravia:

La Iglesia que apenas ha cruzado el umbral del nuevo milenio experimenta de modo especial la necesidad de renovarse. Ella es plenamente consciente de la necesidad de adecuar los elementos humanos, y por tanto mutables, de sus estructuras a las exigencias del Evangelio y de los tiempos. Cada vez más se da cuenta de que es llamada por Cristo a esta reforma permanente de la que ella, como institución terrena y humana, necesita continuamente (UR, n. 6) (Saravia, 2003, introducción).

Revelación en la historia y Signos de los Tiempos: categorías de comunicación, encuentro y relación

La realidad de la Iglesia como signo-sacramento de Jesucristo, junto con la reflexión sobre la pedagogía con que Dios ha llevado a cabo su designio salvífico, nos lleva ahora a considerar la realidad sacramental de su revelación, de la que la Iglesia es servidora en cuanto está llamada a proclamarla. (DV, n. 7)

En primer lugar, hay que decir que la revelación, siendo para todos los hombres, tiene un carácter eclesial, en cuanto a que Dios ha querido revelarse en alianza con su pueblo y la revelación es acogida, comprendida y transmitida en la Iglesia y con la Iglesia. Por otra parte, el carácter sacramental de la revelación nos permite traer a la reflexión las categorías de comunicación y de encuentro¹¹⁸, que han servido para comprender mejor el carácter de la revelación divina, en cuanto es auto-comunicación de Dios y de su designio de salvación que convoca al hombre a su encuentro (DV, n.2), para establecer con él una relación (Alianza – discipulado). Estas categorías nos permiten relacionar la misión de la Iglesia con los Signos de los Tiempos.

El hecho de que el misterio de Dios se revele en la historia nos permite hablar de que la revelación tiene un carácter sacramental. Dios se revela a sí mismo y manifiesta el misterio de su voluntad de modo pleno en Jesucristo, que como hemos dicho es el signo-sacramento de Dios por antonomasia. En sus palabras y obras se ha manifestado significativamente y realmente, la salvación de Dios.

El hecho de que la revelación se dé en la historia, en palabras y hechos humanos íntimamente relacionados, manifiesta su dimensión dialogal y relacional. En este sentido, revelación no implica

¹¹⁸ En este punto seguimos el artículo de Gelabert (1990), pp. 231-255).

primeramente un conjunto de verdades que deben ser creídas, sino ante todo, Dios mismo que se da al hombre y en cuyo encuentro el hombre es plenificado, creando una relación. Hablar de revelación como comunicación personal de Dios y encuentro de Dios con el hombre, implica que su presencia no sea sólo un hecho del pasado, sino que es realidad permanentemente actualizada por el Espíritu Santo que actúa en su Iglesia y en la historia. En este sentido, se puede hablar de la revelación como un proceso dinámico, no porque su contenido crezca cuantitativamente, sino porque su comprensión puede verse enriquecida según las sensibilidades de cada momento histórico (DV, n. 8).

Es desde esta perspectiva de la revelación como comunicación y encuentro, desde donde hablar de Signos de los Tiempos cobra sentido para la misión de la Iglesia.

Gelabert comenta:

La revelación es un encuentro permanente y progresivo. Encuentro, porque intervienen activamente dos interlocutores; permanente, porque Dios sigue buscando al hombre hoy y hablando con él; progresivo, porque el hombre va descubriendo día a día a través de los acontecimientos históricos la presencia de Dios. (Gelabert, 1990, p. 242)

Los Signos de los Tiempos que cada época va presentando, pueden ayudar a la Iglesia y en ella a cada creyente, a responder a la llamada de Dios que se hace siempre nueva en un aquí y ahora, como también, a presentarla más adecuadamente a las sensibilidades de cada generación. La dificultad estriba en cómo discernir que se está realmente delante de signos de la presencia de Dios que llama y se

manifiesta, ya que, como hemos repetido, los hechos son en sí mismos ambiguos y susceptibles de diversas interpretaciones.

Revelación, Signos de los Tiempos y misión de la Iglesia, están muy ligados. El discernimiento de los Signos de los Tiempos por parte de la Iglesia bajo la guía del Espíritu, contribuye a que su misión de anunciar el Evangelio revelado en Jesucristo pueda ser mejor comprendida y su palabra sea más significativa para la sensibilidad de cada tiempo. Quisiera con esto aclarar que no es que el acento se ponga en la capacidad misma de la Iglesia, ni tampoco que su misión sea agradar a los hombres de cada época con su mensaje, sino que la Iglesia debe corresponder a la pedagogía con que Dios mismo se ha comunicado, es decir, que su automanifestación comunique, interpele y provoque encuentro y relación. Porque una revelación sin capacidad de interpelar el hoy, sería una revelación sin capacidad de comunicar y suscitar un encuentro-relación entre Dios y los hombres.

El discernimiento de los Signos de los Tiempos

La identidad y misión de la Iglesia reclaman escrutar los Signos de los Tiempos. Esta tarea supone afrontar el problema de su discernimiento. Los Signos de los Tiempos requieren de discernimiento porque tienen como característica esencial la ambigüedad. Es decir, no gozan de una evidencia clara ni univocidad en cuanto a manifestar una presencia de Dios. Recordemos lo que nos decía Chenú:

No son sólo el problema y los problemas de una teología de la historia los que pesan sobre la utilización de los Signos de los Tiempos; la determinación y el valor de la fe en la acción, se ven afectados por una ambigüedad que parece que habría de disolver su eficacia teórica y práctica. (Chenú, 1970, pp. 266-267)

Pero hay otro aspecto que pide la atención para el discernimiento de los Signos de los Tiempos: nos referimos a la tendencia a identificar Signos de los Tiempos con “síntomas o características de cada época”. Este peligro ya fue advertido en los mismos debates conciliares por los observadores protestantes, tal y como ya analizamos. Pero aún hoy este peligro está muy presente, como advierte el teólogo Antonio González, para quien existen voces que bajo el “complejo de constantinismo” ven en los signos de la vida secularizada y pérdida de la relevancia social del cristianismo los verdaderos Signos de los Tiempos, de lo que se extraería la conclusión de que se debería ir a favor de esas corrientes actuales: “de mayoría”. Por ello, sería un error grave pensar que cualquier cosa grandiosa que sucede en la historia puede ser interpretada, sin más, como una señal divina (González, 2003, p. 306). Este peligro ha estado tan presente, que hay quien piensa que el primer auge de esta expresión, se debió a resabios del pensamiento propio de la modernidad por parte de amplios sectores de la Iglesia. Esta visión acentuaría una confianza casi ciega en el progreso de la historia como realidad irreversible, situación que la misma historia se encargaría de refutar, teniendo como consecuencia su abandono y con ella, el de la misma categoría de Signos de los Tiempos¹¹⁹.

La tarea de discernir

Ahora bien, ¿a quién le corresponde la tarea de discernir los Signos de los Tiempos?, ¿con qué criterios podemos discernir los Signos de los Tiempos? A estas importantes cuestiones dedicaremos las próximas páginas.

¹¹⁹ Esta es la reflexión que hace: Petrá (1997). Así concluye el artículo: “...perché sembra così inattuale il tema dei Segni dei tempi? Ebbene, tutto quel che precede suggerisce l'idea che la teologia dei Segni dei tempi, scindendo i giovannei ST dalla base providenziale (una fiducia manzoniana, si potrebbe dire) ne ha fatto il tramite di è proprio questa visione progresiva, entusiastica e autonoma che da alcuni anni non è più la nostra: oggi ci sentiamo probabilmente più vicini Agostino che non a Chenu, più sensibili all'ambiguità inguaribile della storia che allo choc accecante di *événements* capaci di conquistare generazioni e popoli” (p. 169).

La tarea de discernir los Signos de los Tiempos corresponde a todo el Pueblo de Dios, aunque de manera particular, por el carisma que tienen, a los pastores (obispos), pero también con ellos a los presbíteros y teólogos¹²⁰.

Como hemos visto, mediante este discernimiento la Iglesia puede responder mejor a los interrogantes de cada generación y poner mejores medios para el anuncio del Evangelio. Discernir es una tarea permanente para el cristiano, porque los sucesos históricos y los acontecimientos de la propia vida se presentan mezclados de muchos factores. Son ambiguos. Son el resultado de diversos influjos, de realidades naturales, sociales, deseos, pasiones y voluntades humanas. De ahí que surja la pregunta: ¿qué derecho tenemos de relacionarlos con la voluntad de Dios? Máxime si tomamos en cuenta las palabras de Isaías 55, 8-9: “Mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos son mis caminos. Quanto se eleva el cielo sobre la tierra, así se elevan mis caminos sobre vuestros caminos y mis pensamientos sobre vuestros pensamientos”. La providencia de Dios no suprime la actividad libre de los hombres ni las leyes de la naturaleza. Sin embargo, también es cierto que el Espíritu Santo deja sentir su acción en cada persona y en la historia humana, moviendo hacia el bien con sus inspiraciones y mociones (*LG*, n. 4; *AG*, n. 4). Por ello, conviene recordar aquí la carta a los Romanos 8, 28: “por lo demás, sabemos que en todas las cosas interviene Dios para el bien de los que le aman, de aquellos que han sido llamados según su designio”. En el fondo, la polaridad y la dificultad que presentan los Signos de los Tiempos es ésta: por una parte son acontecimientos de la historia y, por tanto, de la realidad humana, pero por otra parte, están referidos a Dios y su presencia actuante en la historia y la vida humana.

¹²⁰ (*GS*, nn. 4, II. 44; *PO*, n. 9).

En el Evangelio de Mateo 16, 3 (*Lc 12, 56*), cuando Jesús reprocha a los fariseos que no saben leer los Signos de los Tiempos, se refiere con esta expresión a los hechos que ocurren en ese momento, frente a los ojos de aquellos hombres y que tienen la particularidad de manifestar el cumplimiento de las profecías, en cuanto signos de la presencia del Mesías y del reinado de Dios, signos que no ven ni quieren reconocer. Con lo cual, el reproche contiene indirectamente una exhortación a atender y leer a la luz de las Sagradas Escrituras los Signos de los Tiempos (Ruiz, 2002, p. 9). La Iglesia quiere seguir este llamado de Jesús a discernir los Signos de los Tiempos, porque cree en la guía del Espíritu sobre las aspiraciones y esperanzas de los hombres. Porque, además, toma en serio el designio divino que se ha revelado en la historia y de manera humana. Abierta a este Espíritu, encuentra en los acontecimientos humanos un sentido religioso en cuanto susceptibles de relación con su fuente divina. El signo es signo en cuanto religa con una realidad que le da su sentido más profundo y que está más allá de él mismo. Con este ánimo habían surgido los movimientos de la Acción Católica con su método de la revisión de vida, desarrollada en sus tres momentos del ver, juzgar y actuar.

La relación positiva o negativa de los hechos o deseos más comunes en cada época con el designio divino, sólo podrá captarlos quien esté familiarizado con estos designios. En este sentido, la Iglesia, como comunidad de creyentes que vive por la fe en Cristo Jesús, guiada por el Espíritu Santo y en sintonía con él, es la más adecuada para discernirlos (Ruiz, 2002, p. 171).

Identificación e interpretación de los Signos de los Tiempos

Los cincuenta años que han pasado desde que la categoría teológica Signos de los Tiempos hiciera su aparición, especialmente desde su consagración en la *Gaudium et Spes*, permiten que a la distancia se puedan decantar con más claridad los criterios para su discernimiento, aunque ya señalábamos que en esto ha estado también su dificultad.

Gracias al análisis que hicimos del uso de los Signos de los Tiempos, se pudo comprobar una evolución, lo cual nos permite esbozar algunas etapas que en sí mismas no son excluyentes.

En primer lugar, comprobamos que el texto bíblico que inspiró su uso por parte de Juan XXIII, hace referencia a los signos del cumplimiento de las profecías sobre los tiempos mesiánicos, que alcanzan su cumplimiento en las palabras y obras de Jesús de Nazaret y que manifiestan la llegada del Reinado de Dios.

En segundo lugar, vimos que las discusiones conciliares llevaron a darle, además, un uso más sociológico y pastoral, en el sentido de identificar los Signos de los Tiempos como acontecimientos significativos y característicos de la época, para cuya identificación era importante recurrir a las ciencias humanas, pero siempre discernibles bajo luz del Evangelio.

En un tercer momento, principalmente a partir de las décadas de los ochenta y noventa, se produjo una mayor acentuación y referencia tanto cristológica, como escatológica de ellos, con lo cual, se volvía a su sentido y acento más bíblico-teológico, que hace referencia a la presencia actuante de Dios (de su reinado) en medio de la historia humana. Un ejemplo significativo de este proceso, es lo ocurrido en Latinoamérica, en donde, guardando la tensión propia de la categoría Signos de los Tiempos entre realidad temporal y Jesús resucitado en

medio de ella, se habla de “encuentro con Jesucristo en el hoy”. A partir de esta evolución en su uso, nos parece importante hacer una distinción en la búsqueda de criterios para su discernimiento.

Se podrían distinguir como partes de un mismo proceso de discernimiento: la identificación y la interpretación de los Signos de los Tiempos. En efecto, durante el recorrido sobre el uso de la expresión Signos de los Tiempos comprobamos que la mayoría de los autores, inspirados en el método del ver, juzgar y actuar, reconocían como parte del proceso de discernimiento una etapa sociológica y otra teológica, cuyo inconveniente era que la etapa sociológica se encontraba generalmente desligada de toda referencia a la fe, con lo cual, se perdía el sentido bíblico del término.

Por ello, nos parece importante destacar de entrada que el criterio para discernir los Signos de los Tiempos, no es otro y desde el comienzo, que el Evangelio de Jesucristo recibido con fe. Es decir, el discernimiento que hace la Iglesia como comunidad creyente, tiene como referencia las palabras y obras de Jesús, quien por medio de ellas, significa y realiza la presencia del reinado de Dios. Por esta razón, en el proceso de discernimiento, aun cuando permita distinguir estos dos grandes momentos (identificación e interpretación)¹²¹, ambos son parte de una unidad irreductible.

La identificación

El primer paso en el proceso de discernimiento de los Signos de los Tiempos es identificarlos en medio de la vorágine y ambigüedad de acontecimientos que conforman el drama histórico.

¹²¹ Para resumir los criterios diseminados a lo largo de la literatura consultada nos guiamos principalmente por: Rubio (1991, pp. 26-28); Fisichella (1992, pp. 1366 -1368). Además de los aportes propios.

Si somos consecuentes con lo que venimos diciendo, no podemos identificar Signos de los Tiempos simplemente con “síntomas del tiempo”. Los primeros tienen una connotación teológica que sigue los ejes ya señalados de referencia cristológica, pneumatológica y escatológica, principalmente. En una palabra, poseen una relación intrínseca con el reinado de Dios. Por ello, son acontecimientos que conllevan una orientación soteriológica, y por tanto, de gracia, don y vida para el ser humano.

Dicho esto, algunos criterios serían los siguientes:

1. Los Signos de los Tiempos se refieren siempre a acontecimientos o hechos de dimensión social. Esto quiere decir, que no afectan a un individuo sólo, para el cual habría que aplicar sólo el método de discernimiento espiritual clásico, sino que son más bien acontecimientos o fenómenos que involucran a más personas o grupos.
2. Los Signos de los Tiempos deben tener siempre un elemento de positividad, es decir, que tiendan al progreso de la humanidad y de la comprensión de la verdad revelada, lo cual incluso, permite hablar a la comunidad creyente de anti-signos cuando se trata de acontecimientos que van en la línea contraria. Por esto no basta como único criterio el impacto que cause ni tampoco las mayorías que arrastre. Este criterio tiene una gran importancia a la hora de diferenciar entre los Signos de los Tiempos y los “síntomas de los tiempos”.

3. La sensibilización de los Signos de los Tiempos prorrumpe a través de la conciencia comunitaria. Con esto se quiere destacar que el sujeto de captación no es tanto individual sino más bien comunitario. Por lo mismo, la aptitud para discernirlos está más garantizada en la comunidad que en un individuo.

La interpretación

Una vez que se identifican los posibles Signos de los Tiempos viene el proceso de su interpretación. Cuando sólo se queda en su identificación no se puede hablar propiamente de discernimiento, porque enumerar no implica interpretar, describir no involucra el esfuerzo por oír lo que Dios habla por medio de ellos. Si de oír se trata, entonces siempre ese acontecimiento debe ser referido a la voz autorizada de Dios, a su Palabra que es Jesucristo, el Verbo encarnado. Y el escuchar trae consigo la invitación a una conversión, que se despliega en la relación, en un camino relacional (conversión permanente, tanto personal, como de las estructuras).

Por tanto, su criterio no puede ser otro más que su inmediata relación y concordancia con la Sagrada Escritura, más exactamente, con el Evangelio de Jesucristo:

Si los Signos de los Tiempos nos develan de manera implícita la presencia y acción salvífica de Dios en el mundo presente, no pueden en modo alguno disentir de aquella revelación explícita con que Dios manifiesta su designio salvífico sobre el hombre. (Rubio, 1991, p. 27)

Este criterio, se puede analizar de la siguiente manera (Fisichella, 1992, p. 1367).

1. Glorificar a Cristo: Los Signos de los Tiempos son irradiación de la gloria de Jesús y encuentran su significación en él (cf. Jn 16, 14). Cada uno de los signos debería referirse a Cristo y a su gloria.
2. Edificar la Iglesia (cf. Ef 2, 22). Los Signos de los Tiempos son expresión del amor y la actuación de Dios, por lo que son reconocidos porque permiten a la Iglesia saber corresponder a las exigencias de la historia con la fuerza del Evangelio.
3. Recapitular todo en Cristo (Ef 1, 10). Los Signos de los Tiempos tienen que orientar a los creyentes para que sepan mirar permanentemente hacia la plenitud escatológica y no sólo a una inmediatez temporal en la que todo lo creado, la historia y la humanidad encuentren su cumplimiento.

Por otra parte, el teólogo Sergio Rendina ha ofrecido una “ejemplificación concreta de los Signos de los Tiempos” distinguiendo dos ámbitos de interés (Rendina, 2002, pp. 58-59):

- Signos de los Tiempos de interés religioso y eclesial: el desafío de la creciente secularización, y del otro lado, el florecimiento de lo sagrado bajo formas variadas; el renacimiento y desarrollo del Islam y las religiones asiáticas; el interés creciente por la “*lectio divina*”, la oración y una liturgia viva; el interés por el ecumenismo y el diálogo interreligioso; el redescubrimiento del rol laico y de la mujer en la Iglesia, etc.
- Signos de los Tiempos de interés cultural y social: la creciente consideración de la paz y la libertad; la búsqueda y deseo de

autenticidad y veracidad; el predominio de la racionalidad tecnológica-científica y la crisis de la perspectiva más humanística; la promoción de la mujer en la vida pública; el problema ecológico, la difusión de la droga y el sida; el resurgimiento de conflictos bélicos, étnicos y religiosos, etc.

¿Qué podemos decir de estos Signos de los Tiempos a la luz de los criterios de discernimiento? Constatamos que existe un predominio de la perspectiva de lo sociológico-pastoral. Esto quiere decir que la inclinación va por la línea de considerar como Signos de los Tiempos las notas características de una época a la que la Iglesia debe responder pastoralmente, con el fin de anunciar allí el Evangelio de modo eficaz. Desde este punto de vista, el acento sólo se pone en la identificación de los Signos de los Tiempos, con el peligro de no considerar suficientemente la distinción entre ellos y los “síntomas de los tiempos”, es decir, de no considerar suficientemente su conexión cristológica, pneumatológica y escatológica. Por lo tanto, se corre el riesgo de una deformación de la categoría teológica, que la reduzca a una consideración puramente sociológica. Lamentablemente debo decir que esta es la tendencia más característica en su uso, no sólo en ámbito pastoral, sino también teológico. Una correcta utilización de la expresión Signos de los Tiempos, como categoría teológica, debería dar el paso a la segunda fase del proceso de discernimiento, es decir, no quedarse sólo en su identificación, sino avanzar a su “interpretación”, que le devuelva su sentido teológico. No obstante, en su misma identificación habría que acentuar mucho más la perspectiva teológica, es decir, su carácter de signo de la presencia del reino que, dinámica y misteriosamente, avanza hacia una novedosa plenitud bajo la guía del Espíritu.

Nos parece que ésta necesaria recuperación de la categoría Signos de los Tiempos, en cuanto a su carácter teológico se refiere, de modo tal que supere la pura identificación de las características de una época, es una tarea que está aún por hacer y resaltar. La mayoría de los textos consultados, así como, los discursos escuchados sobre la temática de los Signos de los Tiempos, sólo se quedan en el nivel de enunciarlos, pero casi nunca pasan a interpretarlos realmente, y sacar real provecho teológico de ellos. Tal vez una manifestación del deseo de avanzar hacia ello, sea la mayor aparición de artículos sobre los Signos de los Tiempos en estos últimos años¹²². Finalmente, pienso que la renuncia del Papa Benedicto XVI y las actitudes que está mostrando Francisco, dan cuenta de un renacer de la importancia de los signos, y con ello, de la vigencia de los Signos de los Tiempos.

¹²² Por ejemplo, se puede ver la página web del Centro Teológico Manuel Larraín de Chile, donde aparecen muchos artículos: <http://www.centromanuellarraín.cl/>. También el volumen I (2009) de la revista Teología y Vida dedicado al tema. Y finalmente, Merino (2006; 2008, pp. 65-167; pp. 13-32).